

ARQUEOLOGÍA Y ETNOHISTORIA DE LA REGIÓN METROPOLITANA: LAS SOCIEDADES INDÍGENAS DE BUENOS AIRES

Mariano Bonomo¹ y Sergio Latini²

¹CONICET-Departamento Científico de Arqueología, Museo de La Plata (FCNyM; UNLP). Correo electrónico: mbonomo@fcnym.unlp.edu.ar

²CONICET-Sección Etnohistoria, Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Correo electrónico: shlatini@yahoo.com.ar

INTRODUCCIÓN

En los últimos siglos la región metropolitana de Buenos Aires no solo ha sufrido grandes modificaciones y pérdidas de entornos naturales, sino también profundos e irreversibles cambios sociales e históricos que concluyeron con la desaparición de sus habitantes originarios. Para poder conocer cómo vivían los pueblos indígenas en la zona donde hoy se emplaza la Capital Federal y sus alrededores, debemos estudiar los conjuntos arqueológicos y los escritos de los primeros europeos que arribaron al Río de la Plata. A partir de las investigaciones iniciadas en el siglo XIX, los materiales arqueológicos hallados en Buenos Aires y los partidos aledaños fueron atribuidos a los indígenas que describieron los exploradores que llegaron desde el Viejo Mundo. Con estos materiales, sobre todo en base a la decoración, forma y función de los recipientes de alfarería, se intentaban identificar a dos grupos étnicos con economías distintas que aparecían en los documentos de la conquista habitando diferentes ambientes: los cazadores de las llanuras denominados querandíes o los agricultores guaraníes de las islas del Paraná. Las fuentes escritas señalan que el área también fue ocupada y recorrida por los charrúas y distintas parcialidades de los chaná-timbú (chaná, mbeguá, chaná-mbeguá), aunque en general estas poblaciones no trataron de ser reconocidas en el registro arqueológico.

En el caso de los documentos escritos, es necesario remarcar que su abordaje para conocer las poblaciones indígenas que vivían en la zona implica una serie de inconvenientes por varios motivos. El primero de ellos, es que las fuentes escritas en el siglo XVI son escasas, ya que toda esta región era un lugar de paso de los conquistadores españoles hacia las riquezas andinas y durante muchos años no pudieron mantener un poblado permanente. Por ello son limitados e imprecisos los datos disponibles sobre los indígenas rioplatenses. Sumado a esto, muchas fuentes se extraviaron, como sucedió con el diario de navegación del descubridor del Río de la Plata Juan Díaz de Solís. Cuando el volumen de los documentos aumenta considerablemente, las poblaciones indígenas habían sufrido grandes transformaciones.

Uno de estos importantes cambios se produjo con la adopción del ganado proveniente de las tierras europeas. Los indígenas de las llanuras incorporaron a su alimentación el ganado, modificaron su modo de luchar en la guerra con indios montados y ampliaron sus territorios, al poder recorrer a caballo distancias más largas en menos tiempo. Cambian las materias primas para fabricar sus bienes, por ejemplo en las viviendas de algunos grupos se reemplaza el uso de esteras tejidas con juncos por cueros vacunos o de caballos. También establecen lazos comerciales mercantiles con los asentamientos coloniales, donde intercambian ganado por herramientas de hierro, tabaco, yerba, entre otros. Es decir, no podemos utilizar documentos escritos de los siglos XVIII y XIX para describir las sociedades prehispánicas, porque los cambios operados en las mismas fueron muy significativos.

Otro de los motivos que dificulta la utilización de estas fuentes escritas de los primeros contactos, es la gran influencia que tuvo la lengua guaraní. Parece ser que ésta se había convertido en una especie de lengua franca en la región, donde los distintos grupos étnicos la utilizaban para comunicarse. Tan extendido estaba su uso, que Ortiz de Vergara afirma para la región que los guaraníes son *“la mayor nación que se ha visto porque en toda esta tierra se habla esta lengua”* (Declaración de Ortiz de Vergara 1540, en Torre Revello, 1941). Los conquistadores españoles utilizaron traductores o “lenguas” guaraníes en sus expediciones para poder comunicarse con las diversas poblaciones indígenas, sean o no guaraníes. Al emplear intérpretes guaraníes, estos, en su traducción, transmitían parte de su cosmovisión, es decir, la forma en que veían al mundo y a los otros grupos. Esto nos conduce a pensar que la mayoría de las denominaciones étnicas dadas por los españoles, estarían ya interferidas por esa lengua, por ejemplo charrúas significaría “los turbulentos o revoltosos”, guayanás, “gente salvaje” y timbú, “nariz horadada”.

Por los motivos mencionados, creemos que la mejor manera de llegar a un conocimiento cabal de las sociedades indígenas que habitaban el área en estudio antes de la conquista, es con un trabajo conjunto entre la arqueología y la etnohistoria, intentado interconectar los datos que nos puedan brindar estas disciplinas. Empecemos con la arqueología.

LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA

A partir de la revisión de la literatura arqueológica (véanse revisiones previas en Lothrop, 1932; Orquera, 1979; Loponte y Acosta, 2008; Politis y Leon, 2010) y de materiales de colecciones del Museo de La Plata, Etnográfico “J. B. Ambrosetti” de Buenos Aires y National Museum of American Indian de Washington D.C. observamos que los principales lugares donde se han preservado vestigios de las poblaciones indígenas son las márgenes del río Matanzas, Punta Lara, Berisso, Escobar y Tigre (Figura 1). Como hemos mencionado, en los inicios de los estudios arqueológicos los materiales cerámicos y también líticos eran asignados a los querandíes o

los guaraníes. Ello era reforzado por la asunción de que los objetos arqueológicos eran de épocas muy recientes y por lo tanto funcionaban como pruebas materiales de aquello que relataban los cronistas europeos. La bibliografía disponible en la actualidad muestra que en todos los sitios de la zona se registra alfarería y por lo tanto serían posteriores a la adquisición de esta innovación tecnológica que en la región pampeana tiene alrededor de tres mil años de antigüedad. En este sentido, los pocos sitios del área en los que se calculó su edad por medio del método de Carbono 14 arrojaron edades que van de los 1290 (sitio Arroyo Sarandí; Loponte, 2008) a los 530 años antes del presente (La Higuera; Brunazzo, 1997).

Desde fines del siglo XIX se han efectuado distintos descubrimientos arqueológicos en la cuenca del río Matanzas-Riachuelo (Moreno, 1874; Reid *et al.*, 1876; Rusconi, 1928; Villegas Basavilbaso, 1937; Conlazo, 1982; Figura 2). Dentro del perímetro de la ciudad autónoma de Buenos Aires y en la franja adyacente de la provincia se localizaron varios sitios arqueológicos con alfarería en las proximidades de las estaciones de ferrocarril Villa Lugano, Tapiales, Querandí y Laferrere del actual ramal Buenos Aires-González Catán de la Línea Belgrano Sur (Rusconi, 1928, 1940; Villegas Basavilbaso, 1937). Estos hallazgos concentrados en torno a las vías férreas denotan el uso del ferrocarril como medio clave para el transporte de personas y colecciones durante los trabajos de campo arqueológicos en el país entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX (Farro, 2008).

En los conjuntos arqueológicos detectados por Carlos Rusconi (1928) y Florencio Villegas Basavilbaso (1937) en el río Matanzas se han recuperado cientos de fragmentos de vasijas que eran utilizadas para cocinar, almacenar y servir alimentos o líquidos. La cerámica era lisa, pintada con pigmento rojo o decorada con incisiones de líneas rectas o en zig-zag. Algunos contenedores tenían asas o perforaciones próximas a los bordes que servirían para suspenderlos con cuerdas o tientos de un trípode, mientras que otras piezas habrían sido perforadas a ambos lados de las fracturas para repararlas mediante ataduras. Los escasos utensilios fabricados en piedra servían, entre otras funciones, para la caza y la guerra (bolas de boleadora o puntas de flecha) y para procesar los recursos (cuchillos, raspadores, manos y molinos). Las rocas cuarcíticas y silíceas utilizadas como materia prima no están disponibles de manera natural en la zona, ya que toda la región metropolitana no tiene afloramientos de rocas duras útiles para fabricar herramientas. Se descartaron huesos de aves, peces y mamíferos terrestres, parte de ellos partidos y quemados durante la elaboración de la comida y su posterior consumo. Algunos huesos se pulieron para transformarlos en puntas óseas. Entre los hallazgos más interesantes sobresale el del sitio Querandí en el que se registró una cuenta de collar hecha con una lámina de cobre (Villegas Basavilbaso, 1937), material exótico que habría sido obtenido por intercambio. En otro sitio, ubicado a pocos metros del viejo puente de La Noria (Rusconi, 1928), se halló alfarería con pintura de varios colores (policroma), corrugada (con pellizcos en la unión de los rollos) y unguiculada (con impresiones de uñas), junto a un plato y dos pipas de fumar.

El sitio arqueológico Ezeiza está localizado en un remanente de las antiguas terrazas que bordeaban los meandros del río Matanzas, dentro de la Pampa On-

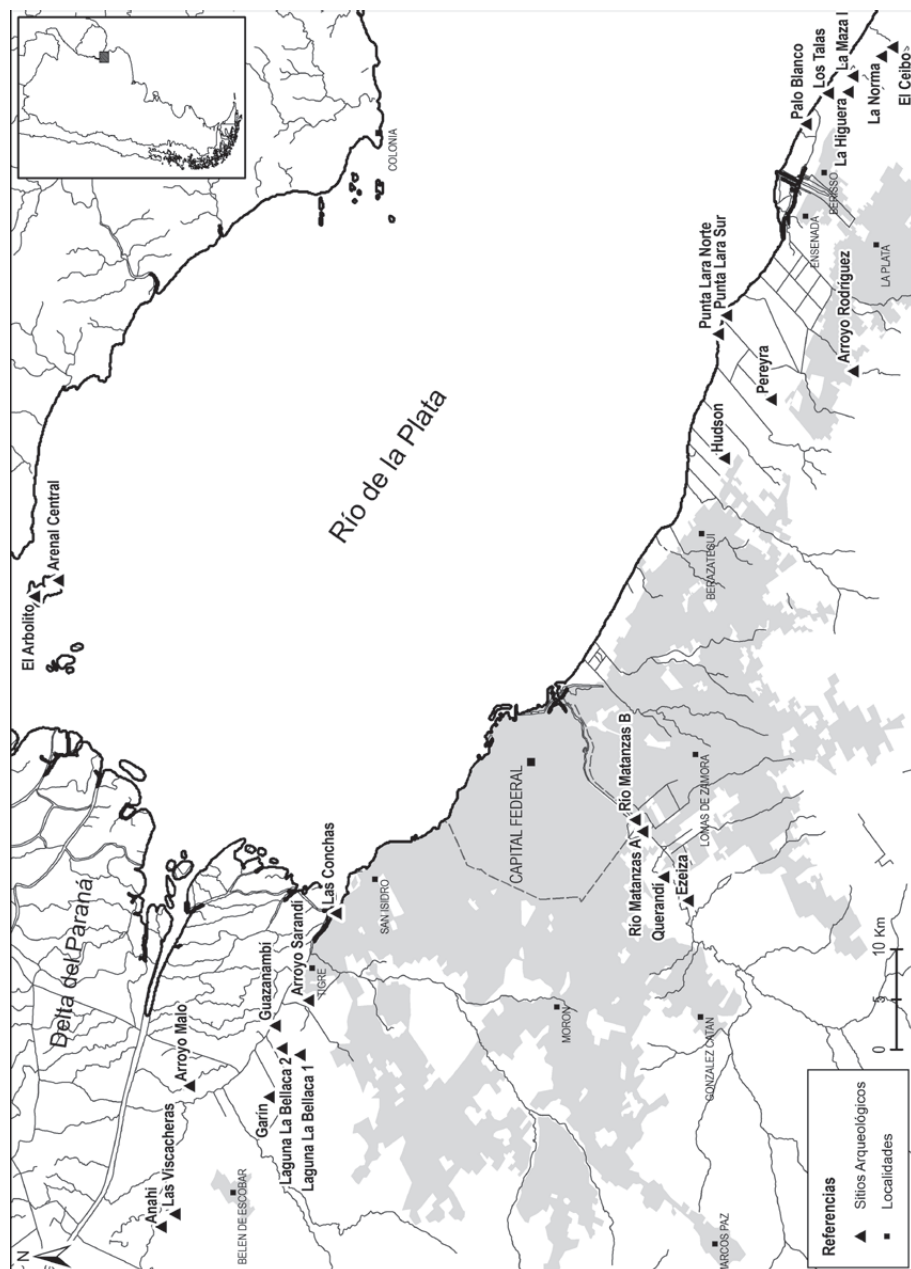


Figura 1: Principales sitios arqueológicos mencionados en el texto.



Figura 2: Tiestos incisos, pintados y corrugados hallados en el río Matanzas (colección Vignati, Museo Etnográfico “Juan Bautista Ambrosetti”-ME).

dulada. En las barrancas del río, muy alteradas por la urbanización, Daniel Conlazo (1982) excavó este sitio donde recuperó numerosos tiestos cerámicos, huesos fracturados y con signos de exposición al fuego, pigmentos minerales y herramientas de piedra. Las vasijas con formas globulares se hicieron superponiendo sucesivos rodetes de arcilla, fueron alisadas sus paredes y cocidas en fogones a cielo abierto. A veces se decoraron con incisiones de líneas paralelas y quebradas y, en menor medida, con pintura roja. Las armas y herramientas de piedra (punta de proyectil triangular, raspadores y raederas) son escasas y se tallaron golpeando directamente la roca con un percutor y luego presionando en los bordes para regularizar la silueta y afilar los bordes. Se manufacturaron en cuarcita, calcedonia y sílice, materias primas que fueron exhaustivamente aprovechadas ya que venían de lejos. Estas rocas fueron las más elegidas para la manufactura de herramientas en los sitios de la región¹ (Figura 3). En el caso de la cuarcita, hemos registrado algunos instrumentos aislados sobre este material incluso en las colecciones arqueológicas de la zona insular de Victoria en Entre Ríos. De acuerdo con la

¹Un ejemplo más al sur lo constituyen los artefactos líticos en cuarcita y calcedonia que fueron hallados, junto a cerámica incisa, a orillas del arroyo Rodríguez en la localidad de City Bell, próxima a la ciudad de La Plata (Lagiglia y Roa, 1999).



Figura 3: Artefactos líticos sobre cuarcita, calcedonia y sílice hallados en las barrancas de Martínez, partido de San Isidro (col. Breyer, ME).

distribución espacial de los afloramientos rocosos más cercanos, la cuarcita y la calcedonia podrían haber sido transportadas desde las canteras prehispánicas de las sierras de Tandilia (Grupo Sierras Bayas), aunque la calcedonia y las rocas silíceas a su vez son depositadas en forma de rodados por el río Uruguay. Bajo la categoría de rocas silíceas también se engloban a las calizas silicificadas que afloran en ambos márgenes de este curso (Fm. Puerto Yerúa). Por último, en el sitio Ezeiza se halló un Real de Plata, Felipe III, acuñado en Potosí posiblemente a principios del siglo XVII (Ponsard y Conlazo, 1984). Esto señalaría que la cronología del sitio está dentro del período hispano-indígena, aun así no se descarta que este depósito haya sido afectado por agentes postdeposicionales que mezclaron el material europeo con el indígena.

Otra zona frecuentada por distintos investigadores por la alta densidad de hallazgos arqueológicos es la costa del Río de la Plata de Ensenada y Berisso (Mal-

donado Bruzzone, 1931; Vignati, 1942; Cigliano, 1963; Brunazzo, 1999). Las poblaciones indígenas se asentaron sobre los cordones longitudinales de conchillas marinas que comenzaron a formarse hace seis mil años atrás, luego del ascenso mundial del nivel del mar. Estas concentraciones de bivalvos y gasterópodos se acumularon a medida que descendía la altura del mar, que inundó esta zona deprimida a mediados de la época geológica denominada Holoceno. La mayoría de los sitios se emplazaron sobre los cordones litorales más próximos al río, lugares que quedaron disponibles para la ocupación humana después que se retiró el agua hace entre tres mil y dos mil años. Los sitios anteriores a la ingresión marina del Holoceno medio no se habrían preservado.

En la década de 1920 Rodolfo Maldonado Bruzzone exploró los cordones de conchillas que se extienden entre los arroyos Boca Cerrada y Las Cañas. Allí, recolectó en la superficie del terreno numerosas piezas arqueológicas y realizó pozos de sondeo buscando aquellas enterradas. Esta franja del estuario, con albardones en los que se desarrollan los relictos más australes de selva subtropical, también fue recorrida en repetidas oportunidades desde 1925 por Milcíades Alejo Vignati (1935, 1942). Es conocida desde la época colonial con el nombre de Punta Lara, que hoy designa a la localidad homónima del partido de Ensenada. En Punta Lara se abandonaron miles de fragmentos de cerámica lisos y decorados con pintura e incisiones hechas en los bordes cuando la pasta aún estaba fresca. Para la pasta se seleccionaron con frecuencia arcillas que tenían inclusiones naturales de arena o se les agregaron tiestos molidos provenientes del reciclado de contenedores rotos. Asimismo, se registraron centenares de materiales líticos, entre ellos instrumentos tales como puntas triangulares apedunculadas, raspadores, raederas, perforadores y rompecocos, manufacturados con rocas de origen serrano como la cuarcita (Maldonado Bruzzone, 1931; Vignati, 1935, 1942; Cigliano, 1963).

La mayoría de la evidencia arqueológica de Punta Lara proviene del sector norte, de las inmediaciones del arroyo Las Cañas. Al igual que en otros puntos del río (Figura 4), cerca de la desembocadura de este curso se recuperó una pipa de fumar de cerámica con forma angular y decoración incisa (Vignati, 1935). De allí procede la vasija restaurada de la figura 5 que habría servido para cocinar sobre el fuego, quedando adheridos los restos de hollín que aún se distinguen en su cara externa (Maldonado Bruzzone, 1931). Además de alfarería con pintura policroma (sobre todo blanca y roja), en la zona se hallaron abundantes tiestos con superficies corrugadas y unguiculadas y un hacha pulida, elementos característicos de los asentamientos guaraníes (véase también Cigliano, 1963).

En el sector inmediatamente al sur de Punta Lara, en la franja costera del partido de Berisso, se han estudiado varios depósitos arqueológicos importantes. Sin dudas, las excavaciones de Eduardo Cigliano (1963, 1966) en el sitio Palo Blanco y los fechados radiocarbónicos antiguos obtenidos para este contexto cerámico fueron los que potenciaron a la ribera platense como un área de gran relevancia arqueológica en las décadas siguientes (Ceruti y Crowder, 1973; Austral, 1977; Salemme *et al.*, 1985; Brunazzo, 1999; Paleo y Pérez Meroni, 2004). Palo Blanco se localiza en el cordón conchil que dista mil metros del río. Al igual que en los



Figura 4: Pipa de cerámica con el hornillo fracturado hallada a orillas del Río de la Plata (col. Breyer, ME).



Figura 5: Olla globular con tratamiento corrugado en la pared externa (col. Maldonado Bruzzone; MLP). Medidas: 23,5 cm de diámetro en la boca, 18 cm de alto y 0,9 cm de espesor.

otros sitios de la zona, los fragmentos de cerámica lisa son los restos arqueológicos más abundantes, mientras que los artefactos líticos en cuarcita son más escasos. Las pastas usadas para elaborar las vasijas tenían inclusiones de arena fina, restos microscópicos de origen vegetal y espículas de esponjas. La decoración incluyó pintura roja e incisiones de línea llena y surco rítmico, técnica está última que es compartida a lo largo de las Tierras Bajas sudamericanas. En menor proporción hay tiestos pintados, corrugados y unguiculados atribuidos a los guaraníes, cerámica que también fue registrada por Cigliano (1963, 1966) en la isla Martín García², Hudson y Pereyra (partido de Berazategui). Palo Blanco arrojó un fechado radiocarbónico sobre valvas marinas de 4760 años antes del presente, el cual fue interpretado como prueba de que la cerámica del sitio era una de las más antiguas de toda América. Sin embargo, más tarde se advirtió que en realidad esa edad estaba indicando la cronología de las conchillas del viejo cordón sobre el que se habían asentado los seres humanos.

En Palo Blanco se detectaron dos esqueletos humanos inhumados en posición extendida. Con uno de los cuerpos se encontraron varias piezas de hueso (cuatro tubos con una perforación cuadrangular, tres fragmentos de adorno labial o tembetá en forma de T y un punzón) que podrían haber funcionado como ajuar funerario (Cigliano, 1963). En una cantera de conchillas cercana a Los Talas también se descubrieron varios esqueletos humanos (Vignati, 1960). La disposición y agrupamiento de las unidades anatómicas desarticuladas sugiere que los huesos fueron envueltos en algún material perecedero, conformando paquetes funerarios. Por otro lado, en estos dos sectores de la costa occidental del Río de la Plata, Palo Blanco y Los Talas, se efectuaron los hallazgos excepcionales de dos canoas indígenas de madera (Brunazzo y Rivera, 1997). Ambos medios de navegación tienen más de ocho metros de largo y fueron fabricados con un tronco de timbó colorado (*Enterolobium contortisiliquum*). Actualmente, estas canoas están depositadas en el Museo de La Plata, junto con otra de timbó procedente del arroyo La Glorieta que desemboca en el canal Arias (Márquez Miranda, 1932) (Figura 6).

Otro sitio arqueológico relevante es La Maza I, estudiado por Carlos Ceruti y Roberto Crowder (1973) y Mónica Salemme y colaboradores (1985). Está ubicado a orillas del arroyo homónimo que corta los cordones litorales de Berisso. A 1400 metros del Río de la Plata se realizaron las recolecciones superficiales y los sondeos en los que se recuperaron abundantes fragmentos cerámicos lisos, incisos (con surco rítmico, punteado y línea llena) y pintados de rojo. En un sector del sitio se identificó un basurero con tiestos corrugados, unguiculados y policromos vinculados con una ocupación guaraní. De la misma manera que en Punta Lara, Palo Blanco, Los Talas y el río Matanzas (Villegas Basavilbaso, 1937; Vignati,

²En la isla Martín García, Cigliano (1966) excavó el sitio guaraní El Arbolito, donde recuperó abundantes fragmentos de vasijas corrugadas, unguiculadas y pintadas de blanco y rojo, asociados a restos de madera carbonizada datados en 405 años antes del presente. Recientemente han sido retomados los trabajos en la isla en el sitio Arenal Central, en el que se halló numerosa alfarería guaraní junto a un hacha pulida de piedra y huesos de cérvidos, coipo o nutria, carpincho, cuis y peces, valvas de moluscos y restos de frutos de la palmera pindó (Capparelli, 2007).



Figura 6. Canoa indígena hallada en el arroyo La Glorieta del Delta del Paraná, expuesta actualmente en el Museo de la Plata (10,3 m de largo).

1942, 1960; Cigliano, 1963), en La Maza I se fabricaron piezas de cerámica que poseen ambos extremos abiertos y se denominaron “alfarerías tubulares”. No son recipientes, sino tubos con paredes espesas, que poseen un extremo en forma de embudo y se van cerrando hasta terminar en una boca estrecha que forma un pico o vertedero para líquidos. Su función específica no ha sido demostrada, aunque algunos autores (Oliveira Cesar, 1895) creen que eran picos para odres.

Los trabajos de campo de Graciela Brunazzo (1997, 1999) en los sitios arqueológicos La Higuera y La Norma del partido Berisso, brindaron información significativa para comprender a las poblaciones indígenas de los tiempos prehispánicos. La Higuera posee un contexto material con características semejantes al de La Norma y existen pocos datos publicados³ por lo que nos centraremos en este último. En La Norma se desecharon fragmentos de platos, escudillas y ollas lisas, con incisiones o pintura roja, junto con alfarerías tubulares pintadas de color crema. Para darle mayor consistencia a las arcillas, durante el amasado se le agregó antiplástico de tiesto molido. La cuarcita es la roca más común de los instrumentos, entre los que hay rapadores, raederas, perforadores, una punta apedunculada y una bola. Hay puntas óseas y pendientes confeccionados mediante fractura perimetral, abrasión y pulido de metapodios y astas de cérvidos. Con el material malacológico se confeccionó un tembetá en forma de T y cuentas de collar.

En relación con la fauna de La Norma, se determinaron principalmente restos óseos de gran cantidad de peces de río (boga, armados, bagres, anguila criolla) y marinos o estuáricos (corvina negra), mamíferos (coipo, peludo, cuis común, ciervo de los pantanos, venado de las pampas, guanaco) y aves (ñandú; también cáscaras de huevo). Los restos óseos de cuis común son muy abundantes, representan por lo menos 64 individuos, y poseen signos de alteración térmica que señalan el consumo de este roedor pequeño. Los tamaños de las valvas de los ampuláridos y las almejas de agua dulce muestran que la selección humana estuvo orientada hacia los ejemplares más grandes. Una mención especial merece la corvina negra, especie de aguas salobres que hoy en día se la registra con frecuencia recién a partir de Punta Piedras, 70 km al sur del sitio, por lo que indicaría mayor salinidad en el área durante la ocupación humana (Brunazzo, 1999). Recientemente, Politis y Leon (2010) propusieron que la disponibilidad de corvina negra en este sector del Río de la Plata se debe a que en momentos previos a dos mil años antes del presente el estuario estaba desplazado hacia el norte. Esto habría permitido aprovechar este recurso, sobre todo luego de las sudestadas que generan la muerte masiva de abundantes ejemplares que son depositados sobre la playa.

Sobre una lomada adyacente a El Pescado -curso tributario del arroyo La Maza- en el sitio El Ceibo, Antonio Austral (1977) documentó algunos indicios de la integración indígena al mundo colonial. Los elementos de factura indígena recuperados en las excavaciones incluyen escasos instrumentos líticos (un rapador y un instrumento de molienda) y cientos de tiestos cerámicos. La alfarería indígena es lisa, unguiculada, corrugada, cepillada (o escobada), pintada de rojo e incisa. La pasta se formó mezclando arcilla con agua e inclusiones de arena, mica, hematita (óxido de hierro), espículas de esponja y valvas de moluscos molidas. Asociados a estos objetos se recuperó diversa cerámica española: lisa, pintada o vidriada de color verde. Esta última brinda una edad estimada para la ocupación de El Ceibo,

³De la información disponible para La Higuera, además del fechado mencionado, se destaca que en este sitio se estudiaron los carbones recuperados y se determinó que se había quemado madera de tala, molle o incienso y chañar (Brunazzo, 1997).

ya que habría sido traída al Río de la Plata entre los años 1650 y 1800 de nuestro calendario. La cerámica europea posee huellas del uso de torno, herramienta que no era empleada por los indígenas locales antes de la conquista. A diferencia de los sitios prehispánicos del área, la subsistencia no estuvo basada en el consumo de coipos, cuises, cérvidos y peces. Los restos óseos revelan que el ganado europeo proporcionó el sustento alimentario, ya que se identificó exclusivamente fauna doméstica introducida por los españoles (vaca, caballo y cerdo). Otras piezas de hierro y bronce también señalan un origen transoceánico: hebilla, pendiente, clavos y plaquetas.

En los partidos de Tigre y de Escobar el equipo de Alejandro Acosta (2005) y Daniel Loponte (2008) viene estudiando distintos sitios arqueológicos desde hace más de dos décadas. La mayoría de los mismos fueron excavados previamente por otros investigadores, sobre todo por el grupo dirigido por Ciro Lafón. Estos estudios muestran que los sitios fueron generados por cazadores-recolectores a fines del Holoceno tardío, destacándose: Laguna La Bellaca 1 y 2 (1110 y 680 años antes del presente –AP–), Garín (1060 AP), Anahí (1020 AP), Las Vizcacheras (1090-1070 AP) y Guazunambí (940 AP). Básicamente son campamentos residenciales ocupados por largos períodos en las márgenes de lagunas, ríos y arroyos. Otro sitio del partido de Tigre datado por los autores es Arroyo Sarandí (1290 AP) que fue excavado inicialmente por el arqueólogo estadounidense Samuel Lothrop⁴ los primeros días de junio de 1925 y cuya colección recientemente hemos reestudiado en el National Museum of American Indian. Este sitio fue rápidamente atribuido por Lothrop a los grupos querandíes, como se desprende de las notas periodísticas que le hicieron durante los trabajos de campo (Crítica 9 y 10/6/1925; véase también Lothrop, 1932).

Los conjuntos artefactuales de los sitios arqueológicos de Tigre y Escobar (Lothrop, 1932; Lafón, 1971; Buc y Sacur Silvestre, 2006; Loponte, 2008) están integrados principalmente por alfarería con características similares a la de los sectores antes mencionados: recipientes abiertos (Figura 7) lisos o decorados con surco rítmico, líneas incisas, punteado con punzón y pigmentos rojos frotados en la superficie externa. En varios sitios se han registrado “alfarerías tubulares”, escasos torteros para hilar fibras y pendientes de cerámica. Ciertas piezas han sido manufacturadas fuera de los asentamientos, como por ejemplo un tiesto unguiculado (Laguna La Bellaca 2), otro polícromo (Guazunambí) y un posible modelado zoomorfo (Garín), elemento este último característico de los sitios arqueológicos que hemos excavado en el Delta Superior del Paraná (Bonomo *et al.*, 2011; Politis *et al.*, 2011). En muy baja proporción se abandonaron artefactos sobre calcedonia, sílice y cuarcita que son las materias primas dominantes. De los instrumentos tallados sobresalen los raspadores y las puntas de proyectil triangulares

⁴El 8 de abril de 1925 el diario La Nación reseñaba brevemente la trayectoria científica de Lothrop, donde era reconocido como un arqueólogo americanista con amplia experiencia en investigaciones a lo largo del continente: Puerto Rico, Guatemala, Costa Rica y Honduras, El Salvador, México, Estados Unidos y Argentina, por encargo de distintas instituciones: Harvard University, Carnegie Institution y Museum of American Indian-Heys Foundation.



*Figura 7: Cuenco
reconstruido recuperado
en el sitio arqueológico
Arroyo Sarandí (col.
Lothrop, National
Museum of American
Indian, NMAI). Medidas:
27 cm de diámetro, 14
cm de alto y 0,7 cm de
espesor.*



Figura 8: Instrumentos óseos recuperados en el sitio arqueológico Anahí. A: “punzón” sobre metapodio de cérvido, B: pendiente sobre canino de carnívoro y C: gancho de propulsor (col. Lafón, ME). Nótese en los dos primeros las etiquetas con los datos de procedencia en la excavación.

apedúnculadas, parte de las cuales fueron reactivadas cuando su base aún estaba enmangada en el astil. Se han usado a su vez materiales de molienda, piedras con hoyuelos (rompecocos) y bolas de boleadora. Los instrumentos óseos son fre-

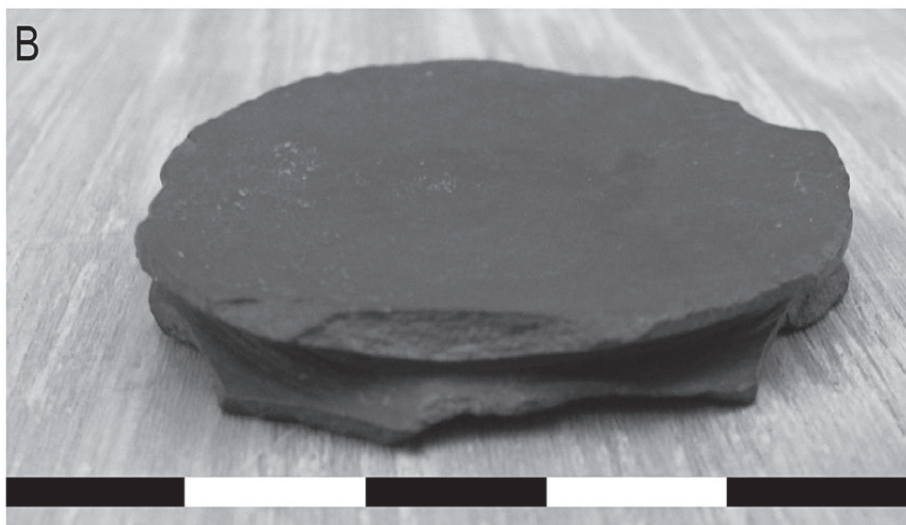
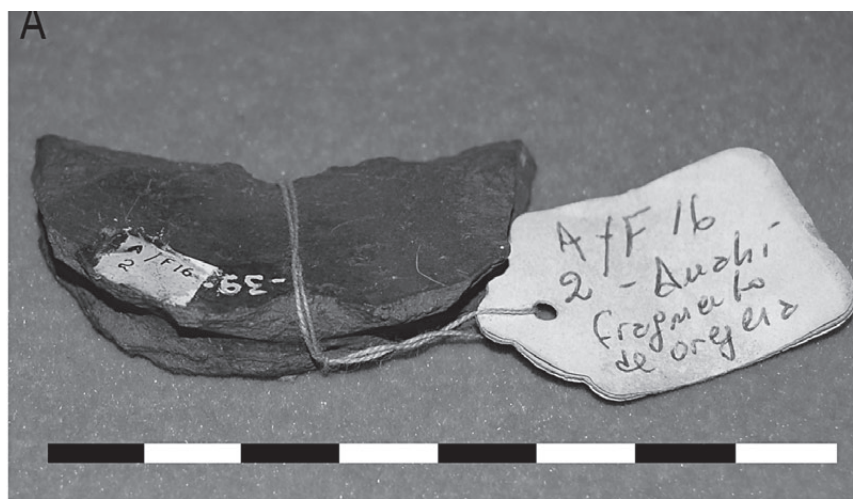


Figura 9: Botones auriculares u orejeras de piedra con morfologías similares. A: sitio Anahí (col. Lafón, ME) y B: sitio Arroyo Sarandí (col. Lothrop, NMAI).

cuentas y habrían sido empleados en diversas tareas como por ejemplo la pesca, la caza, la elaboración de vasijas y de cestos. Se identificaron agujas elaboradas sobre espinas de siluriformes, cabezales de arpones, puntas ahuecadas, punzones y ganchos propulsores sobre todo en astas y huesos de cérvidos y pendientes en caninos de carnívoros (Figura 8). Además se utilizaron minerales de malaquita, moluscos marinos y de agua dulce para cuentas de collar, otras valvas para tembetás y rocas para botones auriculares con surco, que eran dispuestos en los lóbulos perforados y distendidos de las orejas (Figura 9).

Los estudios zooarqueológicos (Acosta y Musali, 2002; Acosta, 2005) muestran

que la subsistencia estuvo orientada a la explotación de diversos animales. Predominan los peces siluriformes y characiformes, cérvidos, coipos y cuises. La casi total ausencia de carpincho en estos campamentos fue relacionada a un tabú alimentario que imponía restricciones a su consumo. También es interesante el hallazgo de huesos de lobo marino con huellas de corte con filos líticos en Laguna La Bellaca 2; estos mamíferos ocasionalmente ingresan en aguas dulces, tal como lo hemos observado a más de diez kilómetros aguas arriba del río Quequén Grande (Pdo. de Necochea). Asimismo, se aprovecharon los moluscos de agua dulce (*Diplodon sp.* y en mucha menor medida ampuláridos) y los frutos de palmeras pindó, cuyos endocarpos aparecen carbonizados y no está claro si esta alteración térmica es producto del procesamiento o si se arrojaron al fuego luego de comer la pulpa. Por otra parte, en varios de estos sitios (Anahí, Garín, Laguna La Bellaca 1 y 2) se han registrado restos óseos humanos. Son entierros humanos primarios y secundarios, generalmente en sectores periféricos a los campamentos, o restos óseos aislados mezclados con huesos de animales y alfarería, situación explicada por alteraciones modernas como el arado que afectó notablemente estos sitios. En general, las inhumaciones no fueron acompañadas por ajuares funerarios. Una excepción se observa en un cuerpo femenino del sitio arqueológico Arroyo Sarandí que fue sepultado con un collar hecho con gasterópodos marinos que hoy en día no viven en El Tigre.

Otro sitio arqueológico trabajado por Lothrop (1932), y que también re-analizamos su colección, es Arroyo Malo. Está ubicado sobre un albardón adyacente al arroyo guayracá o malo, tributario del río Luján. El sitio fue excavado casi en su totalidad durante abril de 1925 y todavía representa el contexto más claro para entender la expansión meridional de los guaraníes en la región. Era una aldea con un cementerio, donde se enterraron varios cuerpos humanos en urnas de cerámica (Figura 10). Se observan importantes cantidades de fragmentos de alfarería corrugada, unguiculada y policroma⁵. También identificamos un tiesto con una impresión de red. El gran tamaño de algunas piezas con adherencias de hollín señala el uso grupal de las vasijas. De las materias primas que identificamos en los artefactos líticos se destacan aquellas procedentes de las barrancas de los ríos Paraná y Uruguay, lo cual indica la circulación de personas y bienes por ambas arterias fluviales. En Arroyo Malo registramos una cuenta de vidrio Nueva Cádiz que corresponde a la primera mitad del siglo XVI y evidencia relaciones de intercambio con los conquistadores españoles. La incorporación de materiales europeos para los trabajos indígenas también se advierte en un tiesto vidriado que posee sus bordes alisados y redondeados posiblemente como consecuencia de su uso. Además de la cerámica española se recuperaron huesos de fauna introducida y fragmentos de hierro que refuerzan la edad post-hispánica de por lo menos parte de la ocupación humana del asentamiento.

⁵Urnas con formas y decoraciones similares fueron identificadas por Burmeister (1872, 1873) en la llanura aluvial del Paraná, destacándose aquellas con líneas rojas sobre fondo blanco registradas en el cementerio del sitio Las Conchas en el partido de San Fernando.



Figura 10: Urna de cerámica hallada en el sitio arqueológico Arroyo Malo (col. Lothrop, NMAI). Medidas: 28 cm de diámetro en la boca, 36 cm de alto y 1 cm de espesor.

LOS GRUPOS ÉTNICOS SEGÚN LAS FUENTES

Para intentar caracterizar a los grupos étnicos que habitaron la actual región metropolitana de Buenos Aires y sus alrededores, vamos a considerar el corpus documental de los primeros contactos de principios del siglo XVI. De esta manera, podemos obtener datos de las poblaciones indígenas antes de que se hayan transformado como resultado del contacto con los europeos. Además, trabajaremos con documentos de primera mano, es decir, los que produjeron testigos presenciales de los sucesos que se narran, y no cronistas a los que otros le contaban lo que había sucedido. Con estos dos requisitos el conjunto de documentos se nos reduce bastante, pero creemos que ganamos en fidelidad de los datos obtenidos.

De todas las fuentes trabajadas, cinco son las que sobresalen por los datos que nos ofrecen sobre las poblaciones indígenas. La primera es la carta que Luis Ramírez le hizo a su padre en 1528 desde el puerto de San Salvador, en las costas uruguayas del Río de la Plata, la segunda, la memoria que realizó en 1527 Diego García sobre su viaje por el área rioplatense, la tercera, el diario de navegación por el Río de la Plata y el Delta del Paraná escrito por el portugués Pero Lopes de Sousa ([1531-1532] 1861), la cuarta, el relato que hizo Ulrico Schmidl de cuando acompañó a la expedición de Pedro de Mendoza al Río de la Plata en 1536 -que publicó en 1567- y la quinta, el poema La Argentina que escribió Martín del Barco Centenera para narrar los acontecimientos de la expedición de Juan Ortiz de Zárate a esta misma área a fines del siglo XVI.

Como mencionamos anteriormente, varios grupos étnicos habitaron y recorrieron la región del Paraná-Plata. Luis Ramírez ([1528] 1939) nos hace una pequeña descripción de la misma:

“Es la tierra muy sana y muy llana, sin arboledas. Hay en ella muchas manera de cazas como venados, lobos, raposos, avestruces y tigres. Estos son cosa muy temerosa. Hay muchas ovejas salvajes del tamaño de una mula de un año, que llevaran de peso dos quintales, tienen los pescuezos muy largos a manera de camellos. Son cosa muy extraña de ver”.

En esta escueta descripción contamos con varios elementos que nos permiten percibir como era la tierra y los animales con los que se encontraron los primeros conquistadores. Este párrafo de Luis Ramírez está lleno de asombro por todo lo que ve, como bien lo afirma en su última frase *“son cosa muy extraña de ver”*. Lo primero que menciona el autor, así como todos los europeos que llegaban al Río de la Plata, es que era una tierra llana y carente de árboles. Estos aparecerán en abundancia en el paisaje de la llanura luego de que los españoles los plantaran con esmero. Sabemos que la madera para leña y para construcción debían buscarla en las riberas de los ríos, principalmente en el Delta del Paraná. También, en este fragmento de la carta, podemos entrever el esfuerzo de traducir a categorías europeas aquellos animales desconocidos que el autor está observando. Esta área no contaba con lobos, raposos y tigres así que se referiría a animales parecidos a los que él ya conocía. Por ejemplo, las avestruces es la forma con la cual nombra a los ñandúes y las ovejas salvajes, también conocidas en las crónicas andinas como ovejas de la tierra, que tanto le llamó la atención son los camélidos.

Alonso de Santa Cruz es un miembro de la exploración de Gaboto al Río de la Plata en 1527. Al llegar a España y trabajar, luego, como cosmógrafo del rey, escribió un islario mundial, en donde caracterizaba todas las islas conocidas. Allí describe la fauna que se encontraba en el Paraná y asimismo, como Luis Ramírez, intenta trasladar a categorías europeas todo lo que observó en este lugar:

“...en algunas de estas islas hay onças y tigres que pasan del continente a ellas, y muchos venados y puercos de agua, aunque no de tan buen sabor como los de España. Hay muchas anades y muchas garzas [...] y papagayos. Pescânse alrededor de ellas muchos y diversos pescados y los mejores que hay en el mundo creo yo por venir de la bondad del agua que es aventajada a todas las que yo he visto (1908: 56-57)”.

Sabemos que este área contenía diversas especies animales como carpinchos, nutrias, cuises, vizcachas, pumas, yagaretés, zorros, venado de las pampas, ciervo de los pantanos, tortugas, lagartos, y una gran cantidad de especies de aves y peces; también vegetales como espinillo, algarrobo, tala, chañar, sauce y palmeras pindó. Además, otras que se podían cultivar en estas tierras como maíz, calabazas y porotos y que los europeos incorporaron rápidamente en su dieta. Las pobla-

ciones indígenas se sirvieron de todos estos elementos para su subsistencia. Los querandíes y los charrúas eran grupos móviles de cazadores, recolectores y pescadores, mientras que los guaraníes y chaná-timbú complementaban esas prácticas en distinto grado con la agricultura y habitaban en asentamientos más estables. Veremos, entonces ahora que nos dicen las fuentes de cada uno de ellos.

QUERANDÍES

Analizando críticamente los documentos, consideramos que los querandíes eran un grupo étnico o un subgrupo perteneciente a un grupo étnico mayor, que las fuentes los denominan de esa manera sin aclarar si son una “nación” -para utilizar el vocabulario que emplean sus autores, en su mayoría funcionarios coloniales- diferente o no. Este gentilicio lo encontramos escrito en diferentes grafías: “quirandies”, “carandies”, “carandins”, “carendies”, “cherandies”, “quierandis”. Al igual que con los cuatro grupos estudiados en este apartado, no sabemos si éste era el nombre por el cual ellos se identificaban a sí mismos o si era una denominación dada por otra etnia para referirse a ellos y que los españoles tomaron.

Las fuentes de los primeros contactos no circunscribieron el territorio ocupado por los querandíes. Sólo tenemos datos dispersos como los que brindan Gaboto (Información hecha por los Oficiales... en Medina, 1908) y Luis Ramírez ([1528] 1939) que los ubican en el río Carcarañá, en la provincia de Santa Fe, los de Lopes de Sousa ([1531-1532] 1861) que parece localizarlos en el Delta del Paraná y los de Schmidl ([1567] 2009) que los sitúa a cuatro leguas de la primera Buenos Aires fundada por Pedro de Mendoza. La mayoría de los investigadores concuerdan que su territorio estaría comprendido entre el cabo San Antonio en la costa atlántica de la provincia de Buenos Aires o el río Salado de la misma provincia y el mencionado río Carcarañá y al oeste hasta las Sierras Centrales.

Consideramos que los querandíes eran grupos móviles (también llamados nómades) como se refiere en Schmidl ([1567] 2009: 94-95): *“Estos querandíes no tienen habitaciones propias, sino que dan vueltas a la tierra, como los gitanos en nuestro país.”* Los movimientos de este grupo, también son considerados por Francisco de Villata en una carta de 1556: *“[los querandíes] es gente que anda a noche y mesón, ya algunos de ellos habían dado vista al pueblo [la primera Buenos Aires] y entrado en él, y como estos son gente movida, se iban y se alojaban en los confines del pueblo”.* Los traslados se harían siguiendo rutas preestablecidas, con un conocimiento cabal de los territorios y los diferentes recursos económicos que podían explotar según las estaciones en cada lugar. Por ejemplo, durante el verano iban a las orillas del Paraná, donde los peces son abundantes en esa época del año.

Los querandíes conocían el territorio por el que se movilizaban y los recursos que éste les ofrecía, según la relación que le hacen a Gaboto. Cuando llegan a su encuentro en el fuerte de Sancti Spíritu (actual localidad de Puerto Gaboto en Santa Fe) le dijeron el lugar donde se encontraban las sierras de los metales preciosos -aquí observamos una probable alusión al territorio inca- y cuál era

el mejor camino para llegar a este lugar. Según lo que le contaron estos indios a Gaboto, el camino por tierra es muy dificultoso *“porque en ocho jornadas no hallarían agua [...] ellos sufrían dos o tres días sin beber y cuando bebían era sangre de venados que mataban para este efecto”* (Información hecha por los Oficiales... en Medina, 1908). El hecho de beber la sangre de los animales por la escasez de agua en el interior de las llanuras es también mencionado por Luis Ramírez ([1528] 1939) y por Schmidl ([1567] 2009).

Los recursos alimenticios explotados eran carne de mamíferos y pescados y algunos productos vegetales. En las fuentes hay varias alusiones a ellos: *“es gente muy ligera, manteniéndose de la caza que matan”* (Luis Ramírez, [1528] 1939), *“comen abatís, carne y pescado”* (Diego García, [1527] 1939), *“nos trajeron de comer carne y pescado”* (Schmidl, [1567] 2009: 94) y más adelante el mismo autor dice: *“cuando viajan en el verano suelen andarse más de 30 leguas por tierra enjuta sin hallar una gota de agua que poder beber. Si logran cazar los ciervos u otras piezas del campo se beben la sangre. También hallan a veces una raíz que llaman cardos que “comen por la sed”* (Schmidl, [1567] 2009: 95).

Para la caza usaban arco y flechas con puntas de piedra y boleadoras, corriendo a pie a venados como lo menciona Luis Ramírez ([1528] 1939):

“Estos querandíes son tan ligeros que alcanzan un venado por los pies. Pelean con arcos y flechas y con unas pelotas de piedras redondas como unas pelotas y tan grandes como el puño, con una cuerda atada que la guía; las cuales tiran tan certeros que no hieran cosa que tiran”.

Utilizaban estas mismas armas para los combates, y se menciona para la actividad bélica otro elemento, los “dardos o medias lanzas”:

“Estos querandíes usan para la pelea arcos, y unos dardos, especie de media lanza con punta de pedernal en forma de trisulco. También emplean unas bolas de piedra aseguradas a un cordel largo; son del tamaño de las balas de plomo que usamos en Alemania. Con estas bolas enredan las patas del caballo o del venado cuando lo corren y lo hacen caer” (Schmidl, [1567] 2009: 96).

Para la pesca utilizaban redes y los pescados deben haber sido un componente importante para su dieta porque tenían distintas formas de almacenarlo: triturado como harina de pescado y con la grasa extraída hacían una especie de manteca. Al respecto leemos en Schmidl ([1567] 2009: 96) *“en este pueblo no hallamos más que mantos de nutrias [...] harto pescado, harina y grasa del mismo”*. Parece ser que eran muy diestros en la práctica de la pesca como refiere Martín del Barco Centenera ([1602] 1969: 177): *“Navegando una noche a la mañana / llegamos a una gente Cherandiana / Salieron a nosotros prestamente, / que en esto del rescate están cursados. / Delante de nosotros diligente / pescaba cada cual muchos pescados”*. La pesca en las riberas de los ríos aparece como una práctica estacional, fundamentalmente estival. En otras épocas del

año recorrerían los pastizales del interior y la subsistencia se basaría en la caza de mamíferos.

La alusión de que los querandíes consumían abatís (maíz), que hiciera Diego García en su memoria, así como la mención que posteriormente hace Martín del Barco Centenera en su poema *La Argentina*: “*después mucho maíz en abundancia/ trajeron por gozar de la ganancia*” ([1602] 1969: 177) hizo que algunos investigadores como Ricardo Trilles (1862) y Florentino Ameghino (1880) insistieran en que los querandíes practicaban la agricultura y como tal serían sedentarios. Nosotros pensamos que los querandíes no practicaban la agricultura y que las plantas domésticas que aparecen en las fuentes posiblemente fueron adquiridas a través de intercambios con otros grupos étnicos agricultores. El excedente de pescado podría ser la contrapartida. Asimismo, una explicación alternativa de las referencias sobre maíz que repiten estas dos fuentes, es que sean granos silvestres que los españoles no conocían y que denominaron con un nombre que les era más familiar. Es decir, tradujeron algo desconocido como en los ejemplos de Luis Ramírez y Alonso de Santa Cruz antes mencionados.

A propósito de las relaciones interétnicas de intercambio, Luis Ramírez ([1528] 1939) cuenta que los querandíes, además de darle a Gaboto relación de la Sierra de la Plata, le contaron detalles de “*una generación con quien ellos contratan*”. En la Memoria de Diego García ([1527] 1939) también hace mención de “*buenas*” relaciones interétnicas, entre las cuales no deberíamos descartar vínculos recíprocos que garantizaban el acceso a productos foráneos:

“de la otra parte del río, está otra generación que se llaman los Carcaraes, y más atrás de ellos está otra generación muy grande que se llaman los Carandies [querandíes] y otros más adelante que se llaman los Atambues. De todas estas generaciones son amigos y están juntos y se hacen buena compañía”.

CHARRÚAS

Al igual que los querandíes, los charrúas era un grupo cazador, recolector y pescador. En las fuentes los encontramos con distintas grafías: “charruases”, “jacroas”, “zechurruas” y “charruahas” entre otros. Su territorio está generalmente identificado con la actual República Oriental del Uruguay, sin embargo, recorrían un área bastante más amplia que incluía, además, el Delta del Paraná, la orilla occidental del mismo río y la provincia argentina de Entre Ríos. Si bien no se reconocen asentamientos charrúas en la provincia de Buenos Aires, sí sabemos que este grupo cruzaba el Río de la Plata. Prueba de esto es la confederación multi-étnica que atacó la primera Buenos Aires fundada en 1536: “*Por este tiempo los indios con fuerza y gran poder nos atacaron a nosotros y a nuestra ciudad de Buenos Aires [...] constaban de cuatro naciones llamadas querandíes, guaraníes, charrúas, y chaná-timbús*” (Schmidl, [1567] 2009: 98).

Más adelante, entrando en el período colonial, el territorio de los charrúas estuvo comprendido por la provincia de Entre Ríos y el Uruguay. En la declaración de

Ortiz de Vergara de 1540 menciona que “*entrando por la boca del río grande [Río de la Plata] hay una nación de indios que llaman charrúas*” (Declaración de Ortiz de Vergara 1540, en Torre Revello, 1941), y, más adelante, en 1609 Hernandarias, gobernador de Buenos Aires, le escribió al rey diciéndole que había un puerto muy bueno llamado Montevideo y que se encontraba en “*la banda de los indios charrúas*” (Carta de Hernandarias al Rey 1609, en Torre Revello, 1941). Un año más tarde, otro gobernador de Buenos Aires, Marín Negrón, en una carta al rey también ubicó a los charrúas “*en la otra parte de este río, a la banda del norte*” (Carta del Marín Negrón al rey 1610, en Bracco, 2007). En numerosas fuentes encontramos mencionadas a las tierras que están en la margen oriental del río Paraná como la “banda del norte” o la “banda de los charrúas”. Y desde allí continuaron interactuando con Buenos Aires, con intercambios mercantiles o prestando servicios. En la citada carta de Marín Negrón, este informó que los charrúas “*han estado acuartelados debajo del fuerte [de Buenos Aires] más de ocho meses y trabajando en las tapias de él, con la codicia de una moderada paga que les he dado*” (Carta del Marín Negrón al rey 1610, en Bracco, 2007).

En las fuentes encontramos numerosas referencias a su subsistencia y todas hacen alusión a su carácter de cazador y a la ausencia de agricultura. Diego García ([1527] 1939) afirma que “*no siembran y su mantenimiento es carne y pescado*”, Luis Ramírez ([1528] 1939) dice que “*mantiénense de pescado y caza y otra cosa no comen*”, Schmidl ([1567] 2009: 94) también expresa que “*no tenían más de comer que pescado y carne*” y por último Centenera ([1602] 1969: 150): “*es gente muy crecida y animosa / empero sin labranza y sementera*”. Ahora bien, al igual que los querandíes, eran nómades, con un conocimiento cabal de su territorio dentro de cual se movían a lo largo del año de acuerdo a la disponibilidad estacional de los recursos.

Las armas para la caza y la guerra son muy semejantes, sino iguales, a las de los querandíes, especialmente se habla del arco y la flecha y de las boleadoras. El siguiente pasaje del poema de Centenera nos muestra cómo cazaban los charrúas:

*“Tan sueltos y ligeros son, que alcanzan / corriendo por los campos los venados;
/ tras fuertes avestruces se abalanzan / hasta de ellos se ver apoderados / con
unas bolas que usan, los alcanzan, / si ven que están a lejos apartados; / y tienen
en la mano tal destreza, / que aciertan con la bola en la cabeza”* ([1602] 1969: 150-151).

Esta práctica de caza con boleadoras era muy similar a la de otros pueblos que habitaban las llanuras y estepas del sur de América de Sur. Como vemos, el autor nos relata la forma en que capturaban los animales y comprobamos que son idénticas a la de los querandíes: se perseguía a pie a los animales y se les arrojaba diestramente la boleadora. Y como Schmidl hiciera con los querandíes, Centenera se maravilla por la destreza de los charrúas, ya que más adelante dice: “*A cien pasos (que es cosa monstruosa) / apunta el charrúa a donde quiere / y no yerra ni un punto aquella cosa / que tira; que donde apunta allí la hiere*” ([1602] 1969: 150).

En una carta que Rodríguez de Valdés le escribe al rey de España en 1599 encontramos una descripción de una cacería llevada a cabo por indígenas nómades cercanos a Buenos Aires, sin denominarlos étnicamente, es decir, sin aludir a qué etnia pertenecían. Aun así pensamos, por otras referencias que el gobernador hace en la misma carta, que son charrúas.

“Pelean con arcos y con dos bolas de piedras asidas en una cuerda como de dos brazas y teniendo una bola en la mano y trayendo la otra alrededor, las tiran con tanta destreza que a cien pasos enredan un caballo, un hombre, un venado o un avestruz; y en el aire algunas aves como patos y otras semejantes. Yo fui a cazar con una docena de indios [...] y en espacio de dos horas enredaron con las bolas once venados”.

Schmidl ([1567] 2009) describe cómo se vestían los miembros de esta población indígena: *“sus mujeres se tapan las vergüenzas con un paño de algodón que les cubre desde el ombligo hasta la rodilla”*. Creemos que el algodón y otros productos posiblemente los obtenían a través de grupos que practicaban la agricultura como los guaraníes. Luis Ramírez ([1528] 1939) cuenta como se acercaron los charrúas a intercambiar con los guaraníes: *“en este río tuvimos una entera relación de unos indios que habían venido del Uruguay a contratar con los indios chandules”*. Como veremos, chandules es uno de los gentilicios que usan los españoles para designar a los guaraníes que vivían en las islas del Delta del Paraná. De la misma forma que las demás poblaciones, los charrúas van a estar en contacto con otros grupos étnicos del área para mantener alianzas, intercambios de alimentos, bienes e información, unas veces, y guerras por los recursos o territorios, otras.

CHANÁ-TIMBÚ

A los distintos subgrupos de los chaná-timbú se los observa en las márgenes del Río de la Plata y en las orillas de los ríos Paraná y Uruguay. Son citados en diversas fuentes interactuando con los españoles en los primeros momentos de la conquista y luego son repartidos como indios de servicio en el Repartimiento de Indios de 1582 de Buenos Aires, que Juan de Garay hizo como recompensa a los pobladores que le habían acompañado en su gesta conquistadora.

Algunos investigadores (Trelles, 1862; Ameghino, 1880) supusieron que los chaná-timbú eran en realidad guaraníes o un subgrupo perteneciente a los mismos. Sin embargo, era un grupo étnico distinto ya que es denominado de ese modo en todas las fuentes -aunque con diferentes grafías- y no como guaraníes. Dentro de los chaná-timbú están incluidos todos los diferentes grafías que aparecen en los documentos tempranos como: “chanaes”, “beguas”, “beguoaa chanaa” “chaná atembures”, “atambies”, “tiembus”, etc. Por otro lado, en el diario de Pero Lopes de Sousa ([1531-1532] 1861) en su encuentro con un hombre chaná-beguá remarca que solo les habló dos o tres palabras en guaraní. En la Probanza de méritos del capitán

Gonzalo de Mendoza de 1545, hallamos que cuando se refiere a los chaná-timbú dice que *“difieren en la lengua de los guaraníes”*. Su nombre devendría del adorno corporal que tenían: *“se ponen a cada lado de la nariz una estrellita de piedrecillas blancas y celestes”* (Schmidl, [1567] 2009), o en palabras de Luis Ramírez ([1528] 1939): *“tienen horadadas las narices”*. Otros adornos que fueron observados son ornamentos de metal colocados en las orejas y el uso de pieles de yaguareté que conservaban la cabeza de este felino (Lopes de Sousa, [1531-1532] 1861).

Como mencionamos, esta población complementaba la caza y la pesca con la agricultura. Lopes de Sousa ([1531-1532] 1861) dice que tenían arco y flecha, Luis Ramírez ([1528] 1939) señala que siembran *“abatís, calabazas y habas”* y Diego García ([1527] 1939) que comen *“abatís, carne y pescado”*. Para pescar utilizaban la red cuando el río estaba bajo o el arco y la flecha cuando estaba crecido (Luis Ramírez [1528] 1939). Consideramos, que al igual que la cacería para los pueblos de las llanuras como los querandíes y los charrúas, la pesca era practicada de forma intensa por este grupo étnico que habitaba principalmente las planicies aluviales de los grandes ríos. Para trasladarse por los ríos navegaban con canoas de madera en las que según Schmidl ([1567] 2009: 100-101) cabían dieciséis personas en cada una. Las mismas eran monóxilas, esto es que estaban confeccionadas *“de un solo palo, son de 80 pies de largo por 3 de ancho y se boga como en las barquillas de los pescadores de Alemania”*. En los primeros contactos les brindaron alimentos (sobre todo pescado y carne de venado) a los europeos y recibieron a cambio cuentas, elementos de vidrio y cascabeles (Pero Lopes de Sousa, [1531-1532] 1861).

GUARANÍES

Los guaraníes tenían aldeas en ambas orillas del Río de la Plata y en las islas al sur del río Paraná Guazú en el Delta del Paraná, por eso mismo muchas veces aparecen en varias fuentes como *“guaraníes de las islas”* como en la Relación de Vergara de 1540 y el Repartimiento de indios de Garay de 1582. Otro término con el que son citados es *“chandules”*. Esta población estaba emparentada y mantenía lazos con otros guaraníes o *“carios”* asentados más al norte, en el cauce de los ríos Paraná y Paraguay. Luis Ramírez ([1528] 1939) dice al respecto que *“los chandules son indios de esta misma generación, que están sesenta o setenta leguas el Paraguay arriba”*.

Este grupo étnico era agricultor, con poblados semipermanentes, es decir, los iban cambiando cada pocos años, una vez que la tierra en la que cultivaban estaba agotada. Diego García en su memoria ([1527] 1939) indica que la agricultura de maíz y calabazas era suplementada con la pesca y la caza. Alonso de Santa Cruz en su islarío dice sobre el Paraná que en el verano se ocupaban las islas por los cultivos que se plantaban allí y cuenta los procedimientos empleados para conservar la carne y el pescado que tenían estos indios:

“Abrirlos [los pescados] por medio a lo largo y poniéndolos al sol hasta que

estén muy secos y los cuelgan en sus casas después, al humo, donde se tornan a curtir más. Y de esta manera lo tiene de un año para el otro. Y lo mismo hacen de la carne". (1908:57).

Recorrían los ríos en grandes canoas monóxilas como las descritas para los chaná-timbú. Eran grandes navegantes y recorrían todos los cursos fluviales ya que en varias fuentes los llaman "corsarios". Luis Ramírez ([1528] 1939) afirma que deambulan por *"esta tierra y por otras muchas como corsarios a causa de ser enemigos de otras naciones"*. Aquí también, al caracterizarlos como corsarios, se refiere a otra característica que se repite en los escritos: la hostilidad permanente de los guaraníes con los demás grupos étnicos y con los españoles. En la Relación de Vergara de 1540 leemos que *"es gente muy belicosa y enemiga de españoles"*, Irala dice en 1541 que *"son mortales enemigos nuestros"*, Luis Ramírez en 1528 dice que *"son gente muy traidora, todo lo que hacen es a traición"*. Son múltiples las referencias acerca de su belicosidad. A pesar de ello, como venimos sosteniendo, los guaraníes como todos los grupos étnicos, mantenían relaciones hostiles y, en otros momentos, alianzas e intercambios. Ya hemos señalado cómo los querandíes y los charrúas obtendrían a través de ellos ciertos productos vegetales. A su vez, los guaraníes interactuaban de forma directa o indirecta con poblaciones de la zona andina de donde conseguirían el metal que Luis Ramírez ([1528] 1939) menciona que tienen: *"confinan con los que habitan en la sierra. Estos traen mucho metal de oro y plata en muchas planchas y orejeras y en hachas"*. Por último, la mencionada coalición de los grupos étnicos contra la primera Buenos Aires, demuestra que los guaraníes también unían sus fuerzas con aquellas poblaciones indígenas de la región, ante un enemigo común.

PALABRAS FINALES

A lo largo de este artículo hemos visto que Buenos Aires y sus alrededores poseen un pasado indígena de más de mil años de antigüedad que fue alterado por la llegada de los españoles al Río de la Plata. A partir de los primeros estudios se atribuyeron los restos arqueológicos de la región a los querandíes y a los guaraníes. Sin embargo, los datos que brindan los documentos del siglo XVI, nos permiten identificar al menos cuatro grupos étnicos que habitaban y recorrían la región en la época de la conquista. Los charrúas y los querandíes tenían liderazgos laxos, los cuales surgían o adquirían mayor fuerza en los momentos de conflicto con otro grupo o con los españoles. Los agricultores -guaraníes y chaná-timbú- tendrían jefaturas más estables y cohesionadas, seguramente al mando de una aldea, y que también tendrían más poder durante la guerra, como los caciques nombrados en el Repartimiento de indios de Garay de 1582. Al arribo de los conquistadores ibéricos las diversas poblaciones indígenas ya estaban integradas a través de intensas redes de interacción cultural. Las relaciones interétnicas y con

los europeos, oscilaban entre intercambios y hostilidades, siendo un entramado complejo de vínculos sociales los que se habrían tejido en esta área.

La cultura material (armas, herramientas, contenedores) recuperada en los sitios arqueológicos de la región y la información derivada de las fuentes documentales de los primeros contactos entre españoles e indígenas señalan patrones compartidos por distintas poblaciones. El elemento más frecuente de los sitios es la cerámica que se utilizó, entre otras funciones, para preparar y cocinar diariamente los alimentos. En ella se observan tradiciones comunes, como por ejemplo en las formas abiertas o tubulares, en los procedimientos técnicos y los motivos empleados para decorar los recipientes con surco rítmico, línea llena y pintura roja. Por este motivo es que la ocupación prehispánica del noreste de la provincia de Buenos Aires ha sido integrada con frecuencia a los esquemas de desarrollo cultural del Noreste argentino o Litoral por algunos autores (p. ej. Howard y Willey, 1948; Caggiano, 1983).

Por compartir las distintas poblaciones un mismo espacio geográfico, del que conocían cabalmente sus características ambientales y los recursos que ofrecía, muchas prácticas básicas como la caza y la pesca, utilizando arco y flecha, arpones o redes, habrían sido similares durante siglos, más allá de ciertas variaciones y especificidades que tendría cada grupo. Desde fines del Holoceno tardío se aprovecharon abundantes peces y roedores pequeños de entornos acuáticos (coipos) y terrestres (cuises) y otros de mayor tamaño como los venados de las pampas y los ciervos de los pantanos. Tanto la arqueología como la etnohistoria nos muestran que las sociedades indígenas de la región metropolitana vivían de manera similar a otros grupos humanos que ocuparon las Tierras Bajas sudamericanas. Al igual que en distintos lugares del este de Sudamérica las canoas monóxilas fueron los medios de transporte adoptados por aquellas poblaciones que habitaron el paisaje ribereño y explotaron intensivamente sus recursos.

Para concluir, demás está reiterar que el medio natural que conocieron los indígenas ha sufrido profundas alteraciones modernas. El avance de la urbanización, la actividad agropecuaria, la construcción de canales, terraplenes o caminos y las canteras de extracción de conchilla están acabando no solo con los relictos del bosque nativo y la fauna autóctona, sino también con los escasos sitios arqueológicos que han sobrevivido en el subsuelo por cientos de años. Todo esto sucede sin que exista una ley provincial que proteja el frágil patrimonio arqueológico bonaerense. Documentando minuciosamente estos bienes no renovables, evitando su depredación o destrucción, tomando medidas para la conservación de los sitios, desde la arqueología contribuimos a la protección de este rico patrimonio cultural que integra nuestra memoria social.

BIBLIOGRAFÍA

Acosta, A. 2005. Zooarqueología de cazadores-recolectores del extremo nororiental de la provincia de Buenos Aires (humedal del río Paraná inferior, Región Pampeana,

- Argentina). Tesis doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. La Plata.
- Acosta, A. y J. Musali. 2002. Ictioarqueología del Sitio La Bellaca 2 (Pdo. de Tigre, Pcia. de Buenos Aires). Informe preliminar. *Intersecciones en Antropología*, 3: 3-16. Olavarria.
- Anónimo. 1545. Información de los méritos y servicios del capitán Gonzalo de Mendoza. 15 de febrero de 1545. En: Schmidl, U. 2009. *Viaje al Río de la Plata*. Apéndice C: 229-239. Claridad. Buenos Aires.
- Anónimo. 1530. Información hecha por los Oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla luego que llegó la armada de Sebastián Gaboto, acerca de lo que ocurrió en el viaje. 28 de julio de 1530. En: Medina, J. T. 1908. *El veneciano Sebastián Gaboto*. Imprenta y Encuadernación Universitaria. Santiago de Chile.
- Ameghino, F. 1880. La antigüedad del hombre en el Plata. Igon Hermanos editores. Buenos Aires.
- Austral, A. 1977. El Ceibo. Arqueología del contacto hispano-indígena en el Área Platense Meridional. *Obra del Centenario del Museo de La Plata, II (Antropología)*: 69-96. La Plata.
- Bonomo, M., M. M. Colobig, E. Passeggi, A. F. Zucol y M. Brea. 2011. Multidisciplinary studies at Cerro Taperá Vázquez site, Pre-Delta National Park, Argentina: The archaeological, sedimentological and paleobotanical evidence. En prensa en *Quaternary International*. New York.
- Brunazzo, G. A. 1997. Ocupación prehispánica en el litoral platense meridional: el sitio La Higuera (Partido de Berisso, provincia de Buenos Aires). *Jornadas de Comunicaciones Científicas (1996/97)*: 100. Facultad de Ciencias Naturales y Museo (UNLP). La Plata.
- Brunazzo, G. A. 1999. Investigaciones arqueológicas en el sitio La Norma (Partido de Berisso, Provincia de Buenos Aires, Argentina). *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina III*: 101-106. La Plata.
- Brunazzo, G. A. y S. M. Rivera. 1997. Rescatando dos canoas de las aguas del olvido. Un aporte al conocimiento de embarcaciones indígenas recuperadas en el Partido de Berisso. *Revista Museo*, 2 (9): 87-91. La Plata.
- Buc, N. y R. Sacur Silvestre. 2006. Funcionalidad y complementariedad de los conjuntos líticos y óseos en el humedal del nordeste de la Provincia de Buenos Aires: Anahí, un caso de estudio. *Intersecciones en Antropología*, 7: 129-146. Olavarria.
- Burmeister, H. 1872. Über Altherhümer am Rio Negro und Rio Paraná. *Zeitschrift für Ethnologie*, 4: 196-197. Deutschen Gesellschaft für Völkerkunde, Berliner Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschicht. Berlin.
- Burmeister, H. 1873. Sur les crânes, les mœurs et l'industrie des anciens Indiens de La Plata. *Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistoriques*. Compte Rendu 6^e Session, Bruxelles, 1872. C. Muquarot, Éditeur. Bruxelles.
- Caggiano, M. A. 1983. Cronología y áreas de ocupación prehispánicas en el N.E. argentino. *Arquivos do Museu de História Natural*, 7-9. II Reunião Científica da Sociedade de Arqueologia Brasileira. Belo Horizonte.
- Capparelli, M. I. 2007. Martín García antes del despensero de Solís. *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, I: 163-166. Jujuy.
- Centenera, M. del Barco. [1602] 1969. La Argentina o la Conquista del Río de la Plata. *Colección Pedro De Angelis*, III: 7-420. Plus Ultra. Buenos Aires.
- Ceruti, C. y R. Crowder. 1973. La presencia de cerámica en los cordones conchiles litorales de la provincia de Buenos Aires (Argentina). Un sitio nuevo. *I Congreso Nacional de Arqueología Uruguay*: 1-38. Fray Bentos.

- Cigliano, E. 1963. Arqueología del N.E. de la provincia de Buenos Aires. *Anales de la Comisión de Investigación Científica de la Provincia de Buenos Aires*, IV: 473-511. La Plata.
- Cigliano, E. 1966. La cerámica temprana en América del Sur. El yacimiento de Palo Blanco (Partido de Berisso, provincia de Buenos Aires, Argentina). *Ampurias*, 28: 163-170. Barcelona.
- Conlazo, D. 1982. Resultados de una prospección en el curso inferior del río Matanzas. *Asociación de Estudios Histórico-Arqueológicos de la Región Pampeana*, I: 4-42. Buenos Aires.
- Crítica 9/6/1925. En un cementerio indígena se desenterraron 35 esqueletos de la época de la conquista. Una comisión del Museo Americano Indígena de Nueva York y otra de La Plata realizan importantes excavaciones en el campo Pacheco en el Tigre.
- Crítica 10/6/1925. Las excavaciones de las islas del delta, pueden ser fuente de importantes descubrimientos arqueológicos. La vida fácil y abundante en esas regiones, supone la existencia de grandes núcleos de población.
- Farro, M. 2008. Redes y medios de transporte en el desarrollo de expediciones científicas en Argentina (1850-1910). *História, Ciências, Saúde – Manguinhos*, 15 (3): 679-696. Rio de Janeiro.
- Garay, J. de. 1582. Repartimiento de los indios de esta ciudad, hecho por el general Juan de Garay. 28 de marzo de 1582. En: 1969. *Colección Pedro De Angelis*, III: 474-480. Plus Ultra. Buenos Aires.
- García, D. 1526/7. Memoria de la navegación que hice este viaje en la parte del mar océano desde que salí de la Coruña, que allí me fue entregada la armada por los oficiales de S. M. 1526-1527. En: Madero, E. 1939. *Historia del puerto de Buenos Aires*. Apéndice 8: 373-396. Ediciones Buenos Aires. Buenos Aires.
- Howard, G. y G. Willey 1948. *Lowland Argentine Archaeology*. Yale University Publications in Anthropology 39, Yale University Press. New Haven.
- Irala, D. 1541. Relación que dejó Domingo M. Irala en Buenos Aires al tiempo que la despobló. Abril de 1541. En: Schmidl, U. 2009. *Viaje al Río de la Plata*. Apéndice E: 245-254. Claridad. Buenos Aires.
- Lagiglia, H. y M. Roa. 1999. Arqueología Indígena e Histórica en City Bell. *II Jornadas Regionales de Historia y Arqueología del siglo XIX*. Guaminí.
- La Nación. 8/4/1925. Se halla en B. Aires un arqueólogo de EE. Unidos. El Dr. Samuel Lothrop hará investigaciones en Buenos Aires y Entre Ríos.
- Lafón, C. R. 1971. Introducción a la arqueología del nordeste argentino. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 5 (2): 119-152. Buenos Aires.
- Lopes de Sousa, P. [1531] 1861. Diario de Navegação de Pero Lopes de Sousa (de 1530 a 1532). *Revista Trimensal do Instituto Historio Geographico e Ethnographico do Brasil*, 24: 9-74. Rio de Janeiro.
- Loponte, D. 2008. Arqueología del Humedal del Paraná Inferior (Bajíos Ribereños Meridionales). Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. Buenos Aires.
- Loponte, D. y A. Acosta. 2008. El registro arqueológico del tramo final de la cuenca del Plata. En: Loponte, D. y A. Acosta (comp.): *Entre la tierra y el agua: arqueología de humedales de Sudamérica*: 125-164. Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. Buenos Aires.
- Lothrop, S. K. 1932. Indians of the Paraná Delta, Argentina. *Annals of the New York Academy of Science* 32: 77-232. New York.

- Maldonado Bruzzone, R. 1931. Breve reseña del material recogido en Punta Lara (Prov. de Buenos Aires). *Notas Preliminares del Museo de La Plata* I: 339-354. La Plata.
- Marín Negrón, D. 1611. Carta al Rey. Buenos Aires, 25 de abril de 1611. En: Bracco, D. 2007. *Charrúas, guenoas y guaraníes. Interacción y destrucción en el Río de la Plata*. Linardi y Risso. Montevideo.
- Márquez Miranda, F. 1932. La navegación primitiva y las canoas monóxilas. *Revista del Museo de La Plata*, 9: 57-87. La Plata.
- Moreno, F. P. 1874. Noticias sobre antigüedades de los Indios, del tiempo anterior á la conquista. *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias Exactas*, I: 130-149. Universidad de Córdoba. Córdoba.
- Oliveira Cesar, F. de. 1895. Datos Arqueológicos. Proximidad de Buenos Aires. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, 26: 264-271. Buenos Aires.
- Orquera, L. A. 1979. Los aborígenes. En *Región metropolitana*: 1-24. El país de los argentinos 107, Centro Editor de América Latina. Buenos Aires.
- Paleo, M. C. y M. Pérez Meroni. 2004. Problemáticas vinculadas a las estrategias de subsistencia de la Localidad Arqueológica Barrio San Clemente. En: Gradín, C. J. y F. Oliva (eds.): *La región Pampeana –su pasado arqueológico*: 311-319. Laborde editor. Buenos Aires.
- Politis, G. y C. Leon. 2010. Patrones adaptativos de los cazadores, recolectores, pescadores de la margen occidental del Paraná inferior. En: Cocco, G. y M. R. Feuillet Terzaghi (comp.): *Arqueología de cazadores recolectores en la Cuenca del Plata*: 63-86. Centro de Estudios Hispanoamericanos de Santa Fe. Santa Fe.
- Politis G., M. Bonomo, C. Castiñeira y A. Blasi. 2011. Multidisciplinary Research in the Delta of the Paraná River: Los Tres Cerros Archaeological Locality (Victoria, Entre Ríos Argentina). En prensa en *Quaternary International*. New York.
- Ponsard, R. y D. Conlazo. 1984. Breve contribución a la arqueología histórica de la Provincia de Buenos Aires: Un Real de plata del Potosí del Yacimiento Ezeiza. *Asociación de Estudios Histórico-Arqueológicos de la Región Pampeana*, VII: 73-75. Buenos Aires.
- Ramírez, L. 1528. Carta a su padre. Puerto de San Salvador, 10 de julio de 1528. En: Madero, E. 1939. *Historia del puerto de Buenos Aires*. Apéndice 9: 337-404. Ediciones Buenos Aires. Buenos Aires.
- Reid, W. F. P. Moreno y E. S. Zeballos. 1876. Una excursión orillando el R